
Oscar Terán: *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*. Buenos Aires, Siglo XXI 2013, 288 págs.

NAYLA PIS DIEZ
(FTS-IDIHCS-CONICET)

*"Y porque, en definitiva, quien en aquellos años
conoció la esperanza ya no la olvida: la sigue buscando
bajo todos los cielos, entre todos los hombres, entre todas las mujeres..."*
Oscar Terán, 1991.

*"No basta con leer a Marx (...) es imprescindible damos vuelta como un guante (...)
desgarrarnos de nuestra clase, desgarrarnos de ese mundo viejo."*
Ismael Viñas, 1959

Mediando 2013 fue reeditado *Nuestros años sesentas*, un aporte imprescindible para la reconstrucción de la historia reciente argentina. Publicado inicialmente en el año 1991, tiempo histórico marcado por los indultos presidenciales y la "demonización" de aquellos años, el trabajo de Oscar Terán propone un estudio sobre las ideas y los debates que marcaron a una generación. En esta reedición, el trabajo original y revisado se acompaña de un Estudio Preliminar de Hugo Vezzetti, y de las transcripciones de una conversación, publicado luego en la revista *Punto de Vista*, entre Terán y la socióloga Silvia Sigal, autora de *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, otro material de referencia obligada editado, en el mismo 1991.

Tal como lo presenta Terán, *Nuestros años sesentas* reconstruye las ideas-fuerza que circularon en el campo de los intelectuales argentinos entre 1956 y 1966. Dentro del universo intelectual se ha recortado una fracción definida por la orientación de sus discursos hacia los aspectos sociales y políticos de la realidad. Encontramos aquí tanto una historia de la trama de ideas de aquel tiempo, como la reconstrucción de la trayectoria de una franja de jóvenes intelectuales. Tal como anota Hugo Vezzetti, en dicha trayectoria encontramos la historia personal del autor. Por esto, puede señalarse (Terán mismo lo hace) que *Nuestros años sesentas* es también una biografía colectiva, personal e intelectual que, con

sus potencias y sus riesgos, indaga en aquella persona plural protagonista de los *años sesentas*. Bien nos dice Vezzetti que fue en el exilio mexicano del autor donde surgieron las preguntas fundantes de este libro: ¿cómo entender la derrota de las expectativas revolucionarias de los años setenta? ¿Qué encontramos en las prácticas culturales e intelectuales de los años sesenta que nos permiten comprender un final cargado de violencia, de muertes y represión estatal? La apuesta de encontrar en la década de 1960 huellas del futuro, es problemática. Oscar Terán no desconoce esto, al contrario, es el primero en señalar que uno de los riesgos más importantes de su estudio lo constituye dar con una versión “anticipatoria” y “evolucionista” de la historia, alimentada asimismo por la experiencia de la derrota y el exilio.

No obstante, la tragedia final no logra opacar la reconstrucción de imaginarios colectivos, acontecimientos, debates, revistas y libros, posiciones políticas y sujetos, que fueron parte constitutiva de lo que hoy conocemos como los *años sesentas*. En los ocho capítulos que componen el libro se describen los “núcleos ideológicos” del campo intelectual argentino que (entre 1956 y 1966) definieron y delimitaron una franja de intelectuales denominada “crítica”, “denuncialista”, “contestataria” y en torno de la cual se formó “nueva izquierda intelectual”. Las figuras de “intelectual comprometido” e “intelectual orgánico”, así como los puentes que entre ambas tejió la realidad, van a visualizarse en una fracción de intelectuales sumamente permeable a los acontecimientos políticos y sociales de la etapa.

El inicio del primer capítulo (*Introducción por la Filosofía*) ya presenta indicios acerca de la permeabilidad social y política de nuestros jóvenes intelectuales. Es justamente el existencialismo de Jean Paul Sartre el que propone tanto una vinculación clara entre teoría y política. La fuerte influencia del pensador francés es una que transcurre en los márgenes de los espacios académicos e institucionales, indicando esto un rasgo clave de la franja intelectual “crítica”: se constituye en oposición a la filosofía académica, una vista como no vinculada a la realidad nacional y carente de un pensar concreto. Es por aquí, en el deseo por una “*filosofía comprometida y eficaz en su relación con la política*” (p.52), en el acento dado a la historia y a la política “reales”, por donde va a colarse el marxismo. Y el encuentro con la teoría marxista es también un acercamiento a la idea de Revolución, el pasaje del “humanismo trágico” sartreano hacia otro optimista en las posibilidades “objetivas” de transformar las estructuras de explotación. Aquí ubica Terán el comienzo del pasaje desde el “intelectual comprometido” en la lucha contra las desigualdades (que no abandona su tarea intelectual porque esta es siempre política) hacia otro tan confiado en la posibilidad revolucionaria

como entregado en una relación “orgánica” con las clases subalternas. Entre ambas figuras se encuentra la realidad. Pues la importancia de la política así como las variaciones dentro del campo intelectual van a coincidir con acontecimientos históricos de magnitud; las ideas van a articularse con verosimilitud en una red de problemas nacionales.

Entre los problemas y los acontecimientos del período, el peronismo es insoslayable. Su influencia sobre la franja “denuncialista” es notoria, al punto que muchos de estos jóvenes pasaron de la férrea oposición (mientras estuvo en el gobierno) a un “*encarnizado proceso de relectura*” (p.65) a partir de su derrocamiento. Dicha relectura, con el desengaño, la culpa y la vergüenza a cuestas, es uno de los rasgos político-culturales fundamentales de estos años¹. Ahora bien, la propuesta de Oscar Terán es observar, junto con la revisión de la “cuestión peronista”, las consecuencias en el campo intelectual del proceso de modernización cultural que va a cubrir la década 1956-1966. Pues si el peronismo puso en jaque a la intelectualidad progresista, no es menos cierto que en el decenio peronista la cultura quedó en manos de sectores “tradicionalistas”; y que esto también debía ser revisado y revertido. La revista *Imago Mundi* es ilustrativa de ello: como núcleo de intelectuales excluidos de los espacios universitarios, surgió al calor de la fuerte orientación católico-conservadora de la política cultural y educativa peronista para representar, luego de 1955, una proyecto de “universidad de relevo”. Si la relación entre *Imago Mundi* y la joven generación era buena durante el peronismo, la disyunción vendrá a la hora de tematizar un peronismo derrocado. Y las diferencias serán más bien de intensidad: misión desgarradora para los “denuncialistas”, vuelta a la “libre plática de los espíritus” y persistencia crítica para los primeros.

De la misma manera, la etapa abierta en 1955 tuvo efectos de separación entre los jóvenes “críticos” y la elite liberal (representada en la revista *Sur* e intelectuales como J. L. Borges y Silvina Ocampo). La brecha de divergencias fue amplia en cuanto los jóvenes hacían una relectura que reconocía la subsistencia de la identidad peronista de los sectores populares y se acentuaba con la desilusión ante la política de la “Revolución Libertadora”. Es este un relato completamente opuesto a la “satanización” del peronismo que los intelectuales liberales

1. Las revistas *Centro*, *Contorno* y *Cuestiones de Filosofía* son para Terán algunos de los espacios protagonistas de dicho proceso. Las tres pertenecieron al ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires: la primera fue la revista “oficial” del Centro de Estudiantes hasta 1959, la segunda se editó entre 1953 y 1959 por egresados de dicha Facultad y la última, editada por un pequeño grupo de estudiantes avanzados a partir de 1962, buscaba hacer filosofía latinoamericana. Son varios los nombres que se cruzan entre ellas: Eliseo Verón, Juan J. Sebreli, David e Ismael Viñas, Oscar Massota, León Sigal, Ana Goutman León Rozitchner, Jorge Lafforgue. En este clima, David Viñas expresó en una de sus novelas que “*No solo la historia sino también la vergüenza había empezado para ellos en 1956*” (p. 93).

mantenían. A comienzos de 1957, estaban claras dos cosas: que “contra Perón la unidad había resultado más sencilla” (p. 87) y que estos jóvenes intelectuales aparecían en el campo intelectual como una “generación sin maestros”.

El capítulo *Antiliberalismo* indaga en un proceso estrechamente relacionado con lo anterior: la relectura del peronismo implicó una revisión del liberalismo que, en la franja “crítica”, va a visualizarse en dos movimientos. En primer lugar, en un período atravesado por la inestabilidad institucional, se produjo una descalificación del liberalismo en su sentido más político, esto es, en tanto forma de funcionamiento del sistema político ligada a la democracia, el parlamentarismo y la pluralidad. En un nivel cultural, se decretó la crisis de “lo burgués” en tanto sistema de valores basado en la mediocridad, el miedo, la hipocresía. La “decadencia burguesa” ocupó el sitio preciso dentro de un clima de ideas que demandaba respuestas contundentes y comprometidas (p. 109). Nuevamente, encontramos ideas que se corresponden con hechos: el ideario anti-burgués formó parte de uno más amplio que modificó la cultura occidental de posguerra. La revolución sexual, el consumo de drogas, el auge de la cultura juvenil, definen la Revolución Cultural de los *años sesentas*. Si bien las expresiones fueron más modestas, mediando los años cincuenta comienza a observarse en nuestro país un “*clima mental acorde con los nuevos tiempos*” (p.112) que se visualiza en diversos frentes de modernización social y cultural².

Reconstruido el mundo social y cultural de los *años sesentas* volvemos, en un quinto capítulo titulado *Marxismo, Populismo y Nueva Izquierda*, a las ideas-fuerza que forjaron la “nueva generación” de intelectuales. En el conjunto de críticas al liberalismo se encuentra aquella referida al europeísmo de las elites intelectuales, elemento que, en el momento histórico en cuestión, permite colar la “cuestión nacional” y el antiimperialismo. Pero “lo nacional” fue también el gran ausente en los discursos del socialismo y el comunismo argentinos, que no solo ignoraban lo que ocurría en nuestro país sino que, atados a los esquemas de análisis extranjeros, lo incomprendieron. Para Terán la “nueva izquierda intelectual” se caracterizó por impugnar tanto al liberalismo como al marxismo ortodoxo, creando una suerte de “marxismo nacional”³. Una de las afirmaciones

2. Entre dichos frentes, pueden señalarse las Universidades, y en particular, la de Buenos Aires, donde una importante expansión científica fue acompañada de la creación de nuevas carreras como Sociología y Psicología; asimismo, la creación del Instituto Di Tella y la relación de ciencias sociales, arte y política bajo su techo, contribuyó a la definición de la modernización porteña. En el ámbito de los medios de comunicación, nuevas revistas y semanarios contribuyeron a la modernización en ciernes. *Primera Plana* se presenta como el caso más relevante de un nuevo tipo de publicación que seguía el ejemplo norteamericano y orientaba sus temas a una clase media profesional, apolítica y en ascenso social.

3. Un Antonio Gramsci leído desde nuestra realidad aceleró este proceso al otorgar un marco teórico a los movimientos ideológicos arriba señalados: lo nacional-popular y la relectura del peronismo, el

centrales del libro señala que existió en Argentina un sector de intelectuales que adhirieron a un marxismo matizado por Sartre, Gramsci y la realidad nacional; es decir, a un pensamiento de izquierda nacionalizada y humanizada que es parte constituyente de la “nueva izquierda intelectual”.

Poco de lo dicho arriba puede comprenderse cabalmente sin hacer mención a dos acontecimientos históricos definitorios para la época: la presidencia de Arturo Frondizi y la Revolución Cubana. Si ambos compartieron, en un principio, el antiimperialismo como eje ideológico, sus propuestas políticas acabaron siendo opuestas, y quizás por ello, sus efectos sobre los jóvenes intelectuales argentinos convergentes. Es que, justamente, en nombre de la propuesta y de la “traición” de Frondizi, buena parte de la franja “denuncialista” radicalizó su postura y abandonó las expectativas de cambio por vías democráticas⁴. Pasadas las primeras repercusiones y definidas las posiciones, la Revolución Cubana aparece como un acontecimiento que verificó y aceleró los movimientos ideológicos antes señalados al proponer un modelo alternativo a la dependencia imperialista y actualizar los debates en torno a “lo nacional”; al lugar de la voluntad y el accionar humanos en los procesos revolucionarios; y en torno también a las vías revolucionarias. Abandonando la estrategia “etapista”, Cuba mostró la eficacia de la lucha armada en una Argentina atravesada por la sucesión de gobiernos erráticos y una estrategia represiva en aumento.

A partir de aquí, los intelectuales argentinos estuvieron inmersos en una red simbólica en la cual la política se definió cual “enfrentamiento polarizado” sin mediaciones. Es en este punto, luego de atravesar aquella red de problemas nacionales, donde volvemos a las figuras intelectuales señaladas al inicio: con un sartreano “intelectual comprometido” o gramsciano “intelectual orgánico” se fortalecía la convicción de que tarea intelectual y política debían ir unidas. Pero en esta politización de la cultura encontramos también una tercera figura: el no-intelectual. Es indiscutible que con aquellas dos supo convivir una “*descalificación de época*” (p. 205) sobre el papel intelectual donde su legitimidad vendría dada por su capacidad de influir en política. Luego de 1966 y abierta la etapa de “definiciones extremas”, esta va a adquirir un nivel de pertinencia profundo.

énfasis dado a la subjetividad y al voluntarismo en la política revolucionaria, son algunos de los núcleos que bien se encuentran en las páginas de *Pasado y Presente*, expresión del alejamiento de jóvenes intelectuales del comunismo.

4. La política petrolera y la posibilidad legal de crear Universidades privadas fueron respondidas por importantes movilizaciones de oposición; luego, a la protesta sindical contra un duro Plan de Estabilización y Racionalización le siguió la implementación del plan CONINTES, las huelgas fueron declaradas ilegales y el comunismo proscripto. Así, en poco más de un año, Frondizi perdió toda credibilidad dando sostenidas pruebas a estos jóvenes para autodenominarse la “generación traicionada”.

Mediando la década, el clima de “extremos” marcaba la política nacional. Durante la presidencia de Arturo Illia, el golpismo comenzó a crecer como proyecto, de la mano de unas Fuerzas Armadas imbuidas en la Doctrina de Seguridad Nacional y de la sensación de que “*la nación se aproxima al caos*” (p.214). Dicha posibilidad fue moldeada por lo que Terán llama la “concepción tradicionalista”, nutrida desde la Iglesia Católica y defensora de los valores nacionalistas y familiaristas, “carcomidos” por males como un cine inmoral, el psicoanálisis, la cultura crítica y las Universidades convertidas en “nidos de comunistas”. Con gran arraigo en las Fuerzas Armadas, se construyó desde aquí un andamiaje represivo de la cultura que el golpe de Estado de 1966 vino a apuntalar. Como es de esperarse, la franja “crítica” fue uno de los blancos del tradicionalismo gobernante.

Sin mediaciones institucionales, la figura misma del intelectual debía modificarse, en un proceso donde la política abarcará todo el quehacer intelectual. Y aquí la pregunta clave: ¿estuvo dicho desplazamiento inscripto en las producciones de la “nueva izquierda intelectual” de 1956-1966? Es este el nudo de problemas al cual Terán ha dedicado todo el libro. Pues si bien existió un entramado discursivo capaz de articularse con la nueva situación política, esto fue tan necesario como insuficiente. La suficiencia vino dada por el golpe de Estado. Que el camino no estaba trazado hacia el vaciamiento de legitimidad de la práctica intelectual lo indica, a decir de Terán, la producción de dos revistas representativas de la “nueva izquierda intelectual”: *Pasado y Presente y Cuestiones de Filosofía*. Si bien encarnaban proyectos culturales diferenciados, ambas presentan espacios definidos de autonomía intelectual de la franja “crítica”. La hipótesis nuclear del libro se anuda a dichas experiencias que nos indican que, efectivamente, sin el golpe de 1966, el campo intelectual podría haber resistido las posteriores invasiones de la política.

En el diálogo mantenido entre Terán y Sigal, se da un debate en torno a la centralidad de esta coyuntura y sus efectos sobre los intelectuales que el propio autor reconoce⁵. No tanto a Terán sino más bien a futuras y jóvenes investigaciones corresponde profundizar la indagación en este período de luchas y esperanzas.

5. Dice Sigal: “No estoy tan segura de que haya tenido efectos tan catastróficos sobre los intelectuales. Hay una cantidad de cosas que se producen después de 1966 fuera o dentro de la Universidad que no parecen corresponderse con la idea de un aplastamiento o devastación de las tareas intelectuales” (p.282). Asimismo, es Terán el que señala dos riesgos que atraviesan su estudio: el de confundir las ideas con lo real y el de sobredimensionar enfoques e ideas de sus propios intelectuales (por ejemplo, el sartreano) y focalizarse excesivamente en sus fuentes (pp. 274-275 y 284).